

El G-20 y Asia¹

Seonjou Kang

Institute of Foreign Affairs and National Security (IFANS),
Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Corea

Síntesis

Aunque se trata de una recuperación frágil, la economía mundial empieza a salir de la peor crisis económica desde la Gran Depresión antes de lo esperado, una recuperación que debe atribuirse en gran medida a la cooperación mundial que ha tenido lugar en las cumbres del G-20. Debido al impacto global y a la escala sin precedentes de la crisis, ni Estados Unidos, como epicentro de la crisis, ni los países europeos, se encontraban en disposición de hacer frente a la crisis individualmente, lo que ha supuesto en la práctica un impulso decisivo a la cooperación mundial. El G-20, que se gestó en la reunión de ministros de Finanzas y gobernadores de bancos centrales constituida tras la crisis financiera asiática de 1997, ha propiciado una coordinación macro-económica crucial para revitalizar a la economía mundial. Este éxito ha elevado al G-20 a la categoría de máximo órgano consultivo en materia de economía mundial, relegando en importancia al otrora esencial G-8. Para muchos, el auge del G-20 constituye potencialmente un cambio histórico en la gobernanza mundial, pues supone un indicio del reconocimiento, por parte de los países occidentales desarrollados, del peso cada vez mayor de los países en desarrollo en el mundo. Por tanto, no es sorprendente que el G-20 atraiga una atención considerable como nueva forma de gobernanza mundial, creando la esperanza de un nuevo orden internacional. Aun así, el hecho mismo de que el G-20 esté en proceso de construcción constituye una advertencia frente a todo optimismo infundado. Este artículo pretende comprender las complejas realidades en torno al G-20 y comprobar qué papel podrá desempeñar Asia en este foro.

¿Es el G-20 el inicio de un largo proceso?

La existencia del G-20 como máximo órgano económico consultivo mundial, en paralelo al G-8, indica que existen dos realidades diferentes pero interconectadas: por una parte, tenemos una nueva distribución del poder económico y diplomático mundial y, por otra, los retos globales que

transcenden la capacidad de maniobra del G-8. Estas realidades están conectadas porque no se puede abordar la segunda prescindiendo de la primera. Esos retos globales incluyen los desequilibrios económicos, el cambio climático y las nuevas amenazas a la seguridad que suponen el terrorismo y las pandemias. El mundo es más interdependiente que nunca, y ya no es posible que tan sólo unos cuantos países occidentales desarrollados hagan frente de manera eficaz a dichos retos. Los retos globales exigen respuestas globales, coordinadas de manera transfronteriza, y para ello es esencial que participen los países en desarrollo. Sin embargo, a pesar de esta situación, la gobernanza global es cada vez más fragmentada, convencional y poco representativa. Esta crisis ha puesto de manifiesto que las debilida-

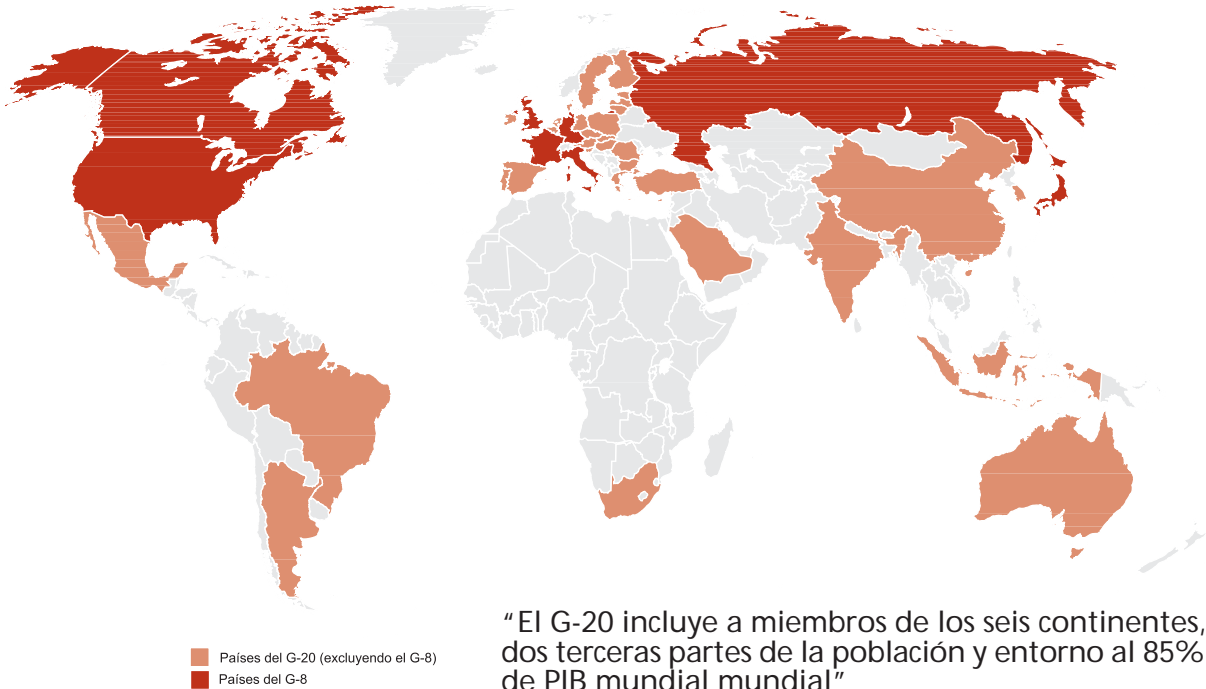
des sistémicas han alcanzado un grado insostenible y que es necesario abordar los déficits democráticos internacionales.

Los retos globales a los que se enfrenta el mundo ahora requieren nuevos enfoques, y el G-20 parece ofrecer la respuesta. El G-20 podría abordar estos retos globales mejor que el

“La existencia del G-20 como máximo órgano económico consultivo mundial, en paralelo al G-8, indica que existen dos realidades diferentes pero interconectadas: por una parte, tenemos una nueva distribución del poder económico y diplomático mundial y, por otra, los retos globales que trascienden la capacidad de maniobra del G-8.”

G-8, sobre la base de la cooperación entre países desarrollados y países en desarrollo. Entre otras cosas, el G-20 tiene un alto grado de representatividad debido a su composición geográfica, al incluir a miembros de los seis continentes, la amplia proporción de población mundial (dos terceras partes) y de PIB mundial (en torno al 85% con datos de 2008). La amplia representación del G-20 en cuanto a las fases de desarrollo de los países confiere a sus decisiones una mayor legitimidad que al G-8. Y el G-20 incluye a países significativos en términos de economía mundial. La permanencia de un grupo basado en el consenso, como es el G-20, dependerá únicamente de su capacidad para actuar de manera eficaz y conseguir los cambios necesarios. La efectividad organizativa en términos de consecución de objetivos depende a menudo del número de participantes seleccionados sobre la base de determinados criterios. El G-20 garantiza eficacia restringiendo la participación a países con un peso económico importante, y por tanto significativos desde el punto de vista sistémico. Esos países podrían contribuir a ofrecer soluciones reales a los retos globales y actuar con autoridad para influir en el resto del mundo.

MAPA 1. Países miembros del G-8 y del G-20



“El G-20 incluye a miembros de los seis continentes, dos terceras partes de la población y entorno al 85% de PIB mundial mundial”

Elaboración propia.

Como tal, el G-20 surge en la encrucijada del cambio global y la continuidad. Si el G-20 sigue teniendo éxito, bien podría esperarse de él que sienta las bases de un nuevo orden internacional. Sin embargo, cabe señalar que el éxito del G-20 está en tela de juicio. Como órgano consultivo global, el G-20 es frágil y su futuro es incierto, si bien hay esperanzas generalizadas de que cobre importancia y amplíe su mandato. El futuro incierto del G-20 se explica fundamentalmente por su naturaleza *ad hoc* en materia de gestión de crisis. La recuperación de la crisis atenúa no sólo el deseo de cooperación dentro del marco del G-20 sino que también debilita su propia razón de ser. Además, existen determinados retos concretos inherentes al G-20 como forma de gobernanza global. El futuro del G-20 dependerá en gran medida de que se superen dichos retos de manera adecuada.

En primer lugar, el G-20 surgió como foro *ad hoc* con un mandato tan limitado que es discutible que deba ampliar su papel para abordar cuestiones que van más allá de las exigencias inmediatas de la crisis financiera y en qué grado debe hacerlo. El G-20 se ha ocupado fundamentalmente de la estabilidad y la reforma financieras y podría ampliar su cometido a cuestiones afi-

nes, como el comercio, el cambio climático y el desarrollo. Su mayor representatividad sería un factor que podría permitirle servir como plataforma para abordar estas polémicas cuestiones. Sin embargo, todavía no hay indicios de cómo construirá el G-20 un modelo sostenible de economía política más allá de los imperativos inmediatos de la crisis financiera. Cada vez es más dudoso que el G-20 pueda extender sus competencias a cuestiones más amplias de manera eficaz. Si el G-20 no consigue identificar cuestiones susceptibles de ofrecer un valor añadido, podría fácilmente perder posiciones en el atestado mercado de la gobernanza global.

El futuro estatus del G-20 como máximo foro no está en absoluto garantizado.

En segundo lugar, si bien asume compromisos de diversa índole, el G-20 carece de mecanismos para exigir responsabilidades a los gobiernos miembros por los compromisos adquiridos. En las tres cumbres celebradas, los países del G-20, debido al apremio

de la crisis, cumplieron en gran medida sus compromisos sin necesidad de ser aguijoneados desde fuera. Ahora que la sensación de apremio está decayendo, se aprecian indicios de repliegue del compromiso de cooperación entre los miembros del G-20. Para que el G-20 se afiance como

“Todavía no hay indicios de cómo construirá el G-20 un modelo sostenible de economía política más allá de la (...) crisis financiera. Cada vez es más dudoso que pueda extender sus competencias a cuestiones más amplias de manera eficaz. Si el G-20 no consigue identificar cuestiones susceptibles de ofrecer un valor añadido, podría fácilmente perder posiciones en el atestado mercado de la gobernanza global.”

forma de gobernanza global, debe mantener su rendimiento y, en este sentido, la institucionalización podría resultar útil. La institucionalización del G-20 puede adoptar diversos modos y formas pero requiere al menos una pequeña secretaría para asegurar el seguimiento y la pericia técnica. Parece inútil ampliar el mandato del G-20 más allá de la crisis financiera si no se implantan los mecanismos apropiados para exigir a los gobiernos miembros responsabilidades por el cumplimiento de sus compromisos.

En tercer lugar, la alta representatividad del G-20 es una fuente de legitimidad pero, al mismo tiempo, podría ser fuente de ineficacia debido a la diversidad. El G-20 no se basa en valores y cuenta con miembros de lo más heterogéneos en el plano político. Es normal que se pueda cuestionar si, más allá de la retórica, en el G-20 existe realmente un consenso. Habida cuenta de la histórica división entre países desarrollados y países en desarrollo en materia de gobernanza global, no debe descartarse que las dos partes aborden el G-20 con intenciones incompatibles. Es decir, que los países desarrollados hayan promovido el G-20 como una forma conveniente de hacer frente a la crisis, mientras que los países en desarrollo hayan confiado en que el G-20 podría presagiar cambios internacionales de mayor calado. En cierto modo, esta división se ha domeñado en los dos últimos años debido a la apremiante necesidad de cooperación para contener la crisis. Pero las diferencias están sin duda presentes y podrían aflorar en tiempos menos difíciles. Queda por ver cómo podrá el G-20 salvar las diferencias políticas entre sus miembros.

Por último, la cuestión crucial de cómo incluir a los “excluidos” sigue sin resolverse. El G-20 es más inclusivo que el G-8, pero sigue dejando al margen a una mayoría de países que representan a la tercera parte de la población mundial. Para los países excluidos, el G-20 sólo es otro grupo elitista más con una autoridad autoproclamada. Así pues, el futuro éxito del G-20 dependerá en parte de su capacidad para incorporar en sus decisiones los intereses de los países excluidos. El G-20 deberá consultar con los países excluidos y presentar ideas y propuestas susceptibles de paliar la exclusión. Para establecer una conexión con los países excluidos, el G-20 podría optar por una integración ad hoc, ampliando la representación regional, introduciendo un enfoque por circunscripción (como en el caso del FMI) y buscando una mayor sintonía con la ONU.

Gestionar los retos mencionados a los que se enfrenta el G-20 será una tarea difícil, por no decir imposible. Si el G-20 supera sus problemas institucionales y ocupa un lugar clave en la gobernanza global cabe preguntarse qué significará esto para el orden internacional. Muchos esperan que el G-20 aparte el poder de las manos de unos pocos países desarrollados y reconfigure el orden internacional. Con el

G-20, el avance hacia una gobernanza global reformada sería concebible, pero no conduciría inevitablemente a un nuevo orden internacional. Dicho de otro modo, la reestructuración potencial del sistema internacional por sí solo, como parece indicar el auge del G-20, no sería suficiente para hacer surgir un nuevo orden internacional.

La contribución del G-20 a la gobernanza global

La gobernanza global consiste en guiar las relaciones entre Estados soberanos en ausencia de una autoridad política central. Para ello, la gobernanza global depende de determinados principios que, en su conjunto, conforman el orden internacional. Desde esta perspectiva, el G-20 sigue funcionando según el orden internacional existente y no parece probable, al menos de momento, que ofrezca nuevos principios para el orden internacional. Establecer un nuevo orden internacional será una tarea difícil para el G-20 por dos razones: la falta de principios alternativos atractivos y la ausencia de liderazgo dentro del G-20. El actual orden internacional fue establecido por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Este orden se basó en los principios de democracia y economía de mercado, que conformaron juntos un orden liberal. Durante medio siglo, el orden liberal ha beneficiado a muchos países en términos de innovación y reducción de la pobreza. En el pasado, Europa, Japón y Corea del Sur se beneficiaron del orden económico liberal, y, desde su apertura, China ha sido el último país en beneficiarse de este orden. La reciente crisis ha puesto de manifiesto los puntos débiles del orden liberal. No obstante, el orden liberal sigue resultando muy atractivo y dinámico, y al G-20 no le resultará fácil presentar al mundo principios superiores a la democracia y la economía de mercado.

Al margen de la dificultad de ofrecer nuevos principios, no está claro que ningún país del G-20 sea capaz de tal tarea. El G-20 cuenta con un triunvirato implícito formado por Estados Unidos, la UE y China en representación de las potencias emergentes. Estados Unidos y la UE tienen un compromiso histórico con el orden liberal, mientras que China ha reclamado un nuevo orden internacional. A China le interesa reorganizar el terreno en el que se dirime el juego de la política internacional. El auge del G-20 brinda a China una oportunidad para lograr sus aspiraciones. Por tanto, le corresponde a China liderar los cambios en los principios para configurar un orden internacional. China podría utilizar el G-20 como foro para crear consenso sobre nuevos principios destinados a guiar las relaciones internacionales. Sin embargo, no está tan claro que China tenga la capacidad de hacerlo. China no parece capaz de presentar principios más atractivos, en su caso, que la democracia y

la economía de mercado, ni parece tener la capacidad de dedicar sus propios recursos al establecimiento de dichos principios como nuevo orden internacional. Podría considerarse que el auge del G-20 constituye una reestructuración parcial del sistema internacional; sin embargo, en tanto carezca de líderes visionarios y capaces en su seno dista mucho de reemplazar el actual orden liberal.

Así pues, ¿qué aportación puede esperar el mundo del G-20 por lo que respecta al orden internacional? El G-20 se vería a sí mismo como órgano que acepta la responsabilidad colectiva de preservar el orden internacional liberal y no de socavarlo. La reciente crisis estalló debido al ejercicio desmedido del orden liberal por parte de Estados Unidos, pero no por defectos fundamentales del mismo; por consiguiente, el orden internacional liberal no es merecedor de un descrédito total. No debe asociarse el orden internacional liberal con un país

en concreto, Estados Unidos. El orden internacional liberal debe contar con un apoyo más colectivo. Las potencias emergentes deben explotar las oportunidades que brinda el G-20 para conformar un marco colectivo para el orden internacional liberal. Las potencias emergentes deberían asumir el reto de superar su papel tradicional de confrontación para conformar una coalición constructiva con los países desarrollados cuando lo que está en juego es el interés global.

Más concretamente, el papel del G-20 en un liderazgo colectivo para mejorar el orden internacional liberal podría consistir en corregir el ejercicio desmedido del orden liberal. Este ejercicio desmedido del orden económico liberal se puso de manifiesto en el desequilibrio entre el Estado y el mercado. A lo largo de los años, el mercado se impuso al Estado y el Estado dejó de interesarse por guiar las funciones del mercado en beneficio de la sociedad en su conjunto. El orden internacional liberal funcionará mejor si se consigue una tensión saludable entre Estado y mercado. Los países emergentes pueden moderar el orden liberal haciendo que el Estado vuelva a incorporarse al orden liberal internacional. El énfasis de los países emergentes en el papel del Estado para guiar las funciones del mercado en beneficio de la sociedad en su conjunto puede convertirse en un buen punto de referencia. En segundo lugar, los países emergentes pueden contribuir a que funcione la diversidad dentro del orden liberal internacional. No hay que pensar que el

orden liberal sólo tiene cabida para una única fórmula o arquetipo. Debería permitirse que los Estados, a título individual, lleven a cabo experimentos innovadores dentro de los límites del orden económico liberal. Esta diversidad de enfoques permitirá un compromiso más firme con el orden económico liberal.

Para preservar el orden liberal internacional a través del G-20, las aportaciones de Estados Unidos y de Europa también son fundamentales. Entre otras cosas, Estados Unidos debería mantener su compromiso con el marco del G-20. En lugar de volver al unilateralismo, Estados Unidos debería emplear su liderazgo para superar la inercia y los problemas de actuación colectiva cuando el G-20 se enfrenta a retos globales. Durante medio siglo, Europa ha sido un socio clave de Estados Unidos a la hora de mantener el orden liberal internacional. Sin embargo, en los últimos tiempos, Europa ha

“El orden internacional liberal funcionará mejor si se consigue una tensión saludable entre Estado y mercado. (...) El énfasis de los países emergentes en el papel del Estado para guiar las funciones del mercado en beneficio de la sociedad en su conjunto puede convertirse en un buen punto de referencia.”

supuesto un obstáculo para la reforma de la gobernanza global, al seguir reclamando una representación excesiva en las instituciones globales a pesar del declive de su peso económico y demográfico. Los europeos podrían contribuir a construir una gobernanza global más efectiva consolidando su representación y sus votos para tener un mayor impacto en consonancia con su progreso en materia de integración.

supuesto un obstáculo para la reforma de la gobernanza global, al seguir reclamando una representación excesiva en las instituciones globales a pesar del declive de su peso económico y demográfico. Los europeos podrían contribuir a construir una gobernanza global más efectiva consolidando su representación y sus votos para tener un mayor impacto en consonancia con su progreso en materia de integración.

El G-20 y Asia

A pesar del auge del G-20, parece prematuro esperar que surja, en un futuro previsible, un nuevo orden internacional. Por el contrario, es más probable que el actual orden liberal pase por un largo período de transición con mejoras graduales. En tales circunstancias, ¿qué significa el G-20 para Asia y viceversa?

“En los últimos tiempos, Europa ha supuesto un obstáculo para la reforma de la gobernanza global, al seguir reclamando una representación excesiva en las instituciones globales a pesar del declive de su peso económico y demográfico.”

El auge del G-20 es un indicio del reconocimiento de la importancia de Asia en el escenario mundial, así como un cambio de poder de gran trascendencia a escala global. Mientras que el G-8 sólo incluía a un país asiático, Japón, el G-20 ha incorporado cinco países más: Australia, China, India, Indonesia y Corea del Sur. Nada refleja mejor el peso creciente de la región en el mundo que este aumento en cuanto a miembros, habiendo pasado de 1/8 a 6/20. En su conjunto, los seis miembros asiáticos representan aproximadamente un 28% del PIB mundial medido a paridad de poder adquisitivo.

sitivo. Si bien Asia, como el resto del mundo, se vio afectada por la crisis a través de los canales comerciales, de inversión y de liquidez, los cimientos económicos de Asia se mantienen sólidos y sus perspectivas de crecimiento a largo plazo son robustas. El aumento de la participación de Asia en el G-20 es también un indicio de que es clave para muchas cuestiones globales, ya se trate de coordinación de política macroeconómica, nuevo equilibrio global, liberalización del comercio o reforma de las instituciones financieras internacionales. Resulta ya inconcebible encontrar una solución satisfactoria para cualquiera de estos problemas sin contar con la participación asiática. Asia ha sentido desde hace tiempo que sus puntos de vista estaban infrarrepresentados en los asuntos mundiales y, por fin, se le da la oportunidad de ejercer su influencia proporcionalmente a su importancia.

Sin embargo, para Asia puede ser todo un reto estar a la altura de las circunstancias. Una crítica habitual que se le hace a Asia desde la comunidad internacional es que si bien es cierto que la región pide tener más voz en los asuntos globales, no responde cuando tiene la oportunidad de hacerlo. A este respecto, los miembros asiáticos del G-20 deben asegurar que estarán a la altura de su recién conquistado poder. Habida cuenta de su relevancia en el mundo, no hacerlo podría incluso ser perjudicial para la acelerada fragmentación del sistema global. En consonancia con esto, los miembros asiáticos deben adoptar una estrategia proactiva respecto al G-20. Deberían buscar sinergias y aprovechar sus pesos económicos y políticos individuales para articular una visión unificada frente a los retos globales. Mediante un esfuerzo concertado, los miembros asiáticos podrían desempeñar un papel más importante en el G-20.

La participación estratégica de los miembros asiáticos en el G-20 tiene un doble objetivo: por una parte, proyectar el punto de vista de la región sobre las decisiones políticas mundiales y, por otra, asegurar que el G-20 se afiance en el sistema de gobernanza global. Los miembros asiáticos del G-20 deben articular las inquietudes e ideas propias de la región en el proceso de conformación de soluciones para los problemas globales. Sin embargo, no será suficiente que la participación de estos países se centre exclusivamente en Asia. Deben incluir en sus misiones la generación de políticas y acciones que resulten atractivas para el resto del mundo, justificando de ese modo la razón de ser del G-20 y reconfigurando la gobernanza global.

Para que los miembros de Asia participen estratégicamente en el G-20, en primer lugar y por encima de todo, deben

convertirse en un grupo definido que hable al unísono. Reconociendo la débil identidad regional en Asia, debido a una mutua desconfianza firmemente arraigada en rivalidades históricas y reconciliaciones fracasadas, se trata de una exigencia que supone todo un reto para estos países. Sin embargo, los miembros asiáticos del G-20 tienen una necesidad práctica de intentar lograr una coordinación regional. En pocas palabras, el criterio región/geografía es una base de acción común fundamental en el sistema de gobernanza global, como bien refleja el hecho de que prácticamente todas las organizaciones internacionales importantes empleen un sistema basado en la circunscripción regional a la hora de seleccionar miembros para sus órganos de gobier-

“ Para que los miembros de Asia participen estratégicamente en el G-20, en primer lugar y por encima de todo, deben convertirse en un grupo definido que hable al unísono (...) lo que supone todo un reto para estos países. (...) Sin un respaldo regional, la participación de Estados individuales en la gobernanza global corre el riesgo de no ser efectiva. El G-20 no será una excepción.”

no. Sin un respaldo regional, la participación de Estados individuales en la gobernanza global corre el riesgo de no ser efectiva. El G-20 no será una excepción. A medida que el G-20 cobra importancia en el sistema de gobernanza global, un mayor número de países dentro del mismo tenderán a inclinarse hacia las regiones a las que pertenecen en su propio beneficio. Si los miembros asiáticos renuncian a la coordinación regional, el impacto de su participación en el G-20 será mínimo o incluso desdeñable.

La coordinación regional es también necesaria si los miembros asiáticos quieren ejercer en el G-20 liderazgo en cuanto a la agenda. Liderar la agenda en el escenario político global exige identificar, pulir y, en última instancia, vender ideas políticas², lo que exige, a su vez, destinar a la tarea importantes recursos materiales y humanos. Sin embargo, en la mayoría de los miembros asiáticos del G-20, los recursos para la formulación política son escasos y, además, ya están involucrados en una amplia gama de tareas. Esto significa que, debido a limitaciones de recursos, los miembros asiáticos tendrán dificultades potenciales a la hora de capitalizar la oportunidad que les brinda el G-20. Por otra parte, los miembros asiáticos carecen de medios para paliar sus limitaciones de recursos. La arquitectura regional existente no es apta para representar a la región a escala global, por no decir que no fue concebida, de entrada, para desempeñar dicho papel. Por tanto, los miembros asiáticos deben improvisar medios para complementar colectivamente sus puntos débiles individuales.

Una forma de que los seis países asiáticos hablen con una sola voz en el G-20, a la vez que mitigan sus limitaciones de recursos, podría ser constituir un *caucus* o un grupo de discusión informal³. El *caucus* puede ayudar a que los países asiáticos identifiquen cuestiones que resulten atractivas para formular una posición regional, elaborar un razonamien-

to. Sin un respaldo regional, la participación de Estados individuales en la gobernanza global corre el riesgo de no ser efectiva. El G-20 no será una excepción. A medida que el G-20 cobra importancia en el sistema de gobernanza global, un mayor número de países dentro del mismo tenderán a inclinarse hacia las regiones a las que pertenecen en su propio beneficio. Si los miembros asiáticos renuncian a la coordinación regional, el impacto de su participación en el G-20 será mínimo o incluso desdeñable.

to común y presentarlo al G-20 como representativo de toda la región. En el *caucus*, los países asiáticos tomarán como punto de partida la agenda establecida en las reuniones del G-20, pero con el propósito de modificarla desde la perspectiva asiática. La clave de esta modificación es asegurar no sólo que la agenda refleja los intereses de los miembros del caucus, sino también que la agenda modificada es compatible con los intereses del G-20 en su conjunto, de manera que pueda ser aceptada para su posterior discusión en el G-20. Por ejemplo, merece la pena intentar que los miembros asiáticos, como actores en el comercio global, procedan a reestructurar los desequilibrios globales interconectados con la estrategia de salida, los tipos de cambio y la Agenda de Doha para el Desarrollo, y compensaciones entre ellos, lo que puede resultar del agrado del resto de los países del G-20. El establecimiento o la modificación de agenda por medio de un *caucus*, que influiría en la eficacia del G-20, puede servir precisamente para que los países asiáticos midan su recién conquistado liderato y sus nuevas responsabilidades.

Un *caucus* asiático eficaz beneficiará a los miembros del mismo como grupo poderoso dentro del G-20. Además, un *caucus* asiático de este tipo tendría también un impacto positivo en la región, en particular en el regionalismo asiático. A los países asiáticos que no son miembros del G-20 les preocupa que el G-20 margine a las organizaciones regionales existentes o incluso haga que queden obsoletas. Por el contrario, las organizaciones regionales se reforzarán bajo el marco del G-20, simplemente porque los seis países asiáticos serán menos eficaces en el G-20 si no cuentan con el respaldo de Asia en su conjunto y con la maquinaria de implementación que facilitan las organizaciones regionales. Es probable que los seis miembros asiáticos del G-20 recurran a las organizaciones regionales para consultar a otros países asiáticos y para discutir medidas regionales para la aplicación de decisiones del G-20. Y esos foros regionales servirán para que los países asiáticos que no son miembros del G-20 presionen a los seis países miembros de manera que representen mejor los intereses asiáticos o para exigirles responsabilidades por sus compromisos. El *caucus* asiático estimulará las organizaciones regionales existentes y mejorará su rendimiento en lugar de marginarlas.

La fuerte presencia de países asiáticos también beneficiará al G-20 en su conjunto. Canalizando su voz hacia el G-20, Asia puede ayudar al G-20 a tomar decisiones relevantes y efectivas. En segundo lugar, la forma en la que los seis países asiáticos incorporen al resto de la región puede ser un ejemplo de proceso de abajo arriba para el G-20. De igual modo, los miembros del G-20 dirimirán las cuestiones primero de una manera más inclusiva en sus respectivas regiones y llevarán su consenso al G-20. Esta representación indirecta de un grupo más amplio de países no sólo aliviará parte de la presión sobre el G-20 para que amplíe el número de miembros en detrimento de su eficacia, sino que también reforzará la legitimidad del G-20. Y, a su vez, tendrá como efecto una nueva configuración de la gobernanza global. Es decir, es probable que un nuevo sistema de gobernanza global tenga una estructura dual, en la que el G-20 sirva como organización paraguas para la coordinación global informal, estando las organizaciones intergubernamentales y regionales formales vinculadas horizontalmente al G-20.

Conclusión

Una de las consecuencias de la crisis financiera de 2008 es la emergencia del G-20, que ha remplazado al G-8 como comité de dirección de la economía mundial y ha orquestado con éxito soluciones a lo que podría haber sido la recesión más profunda desde la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que el G-20 no es una solución perfecta para los desafíos globales, el hecho de que la función y el funcionamiento del G-20 esté todavía, en gran medida, en fase de configuración nos hace mostrarnos optimistas respecto al futuro del G-20 como forma de gobernanza global. Y en la configuración del futuro del G-20, el papel de Asia es fundamental. Asia ha aspirado a tener más voz en los asuntos mundiales y la pertenencia al G-20 le brinda una oportunidad histórica para realizar dicha aspiración. Queda por ver si Asia estará a la altura de las circunstancias con un liderato acorde con la ocasión.

1. Las opiniones expresadas en este artículo son las del autor y no reflejan necesariamente la opinión del IFANS.
2. Grenville, Stephen, y Mark Thirlwell. "A G-20 Caucus for East Asia." *Policy Brief*, octubre de 2009 (Lowy Institute for International Policy).
3. Esta parte refleja ideas de Soesastro, Hadi. "East Asia, the G-20 and Global Economic Governance." *East Asia Forum*, 8 de marzo de 2009, disponible en: <http://www.eastasiaforum.org/2009/03/08/east-asia-the-g20-and-global-economic-governance>; y Shiraishi, Takashi. "Insights into the World: G-20 Offers Chance for Global Representation." *Japan Times*, 16 de mayo de 2009.